

A tener flores en mi inventario, regala
 con ellas el camino que van a recorrer los
 senderos de mi amigo; y a no ser superior a
 mis fuerzas la empresa de escribir un
 prólogo lomo de doctrina y cristianismo, la
 acomodara con vestimenta sencilla, como
 tanto la creencia de que sobran las flores y
 basta el prólogo cuando el libro habla, se
 recomienda solo, y por el mismo puede con-
 ducir el espíritu y la simplicidad de las let-
 ras, sencillas y desahogadas en el libro
 de Blanco y Negro, mi voluntario por
 un lado, un momento por otro, así de
 trochos de arte y de frente de mis po-
 brezas intelectuales, me han puesto en gran
 confusión y para salir de él no me queda
 otro recurso que copiar mano de aduella su-
 prima forma de incógnita desahogada
 que Camponar tan en una de sus más be-
 llas y populares dolencias: *El libro de
 Blanco y Negro*. Las más sencillas cosas se
 hacen en él suprema sencillez. *El libro de
 Blanco y Negro*, publicado en 1895, es un
 libro de poemas en un lenguaje sencillo y
 natural de estilo. *El libro de Blanco y Negro*
 es un libro de poemas en un lenguaje sencillo
 y natural de estilo. *El libro de Blanco y Negro*
 es un libro de poemas en un lenguaje sencillo
 y natural de estilo.



BIOGRAFIA
 DEL
 DOCTOR MA NUEL CAMPOS.

El doctor Manuel Campos nació en la ciudad de
 San Juan, Puerto Rico, el día 15 de mayo de 1858.
 Sus padres fueron don Juan Campos y doña
 María Campos. Desde su infancia se distinguió
 por su talento y su amor al estudio. Terminó
 sus estudios primarios en su ciudad natal y
 secundarios en la escuela de San Juan. En 1878
 ingresó a la Universidad de Puerto Rico, donde
 cursó los estudios de medicina. Se graduó como
 doctor en medicina en el año 1882. Durante su
 estancia en la universidad, participó activamente
 en la vida estudiantil y fue miembro de varias
 sociedades científicas. Después de obtener su
 título, ejerció la medicina en su ciudad natal
 y en otros puntos de la isla. Su práctica fue
 muy fructífera y ganó una gran reputación.
 Además de su profesión médica, se dedicó a la
 literatura y escribió varios libros y artículos.
 Su obra más importante es el libro *El libro de
 Blanco y Negro*, publicado en 1895, que es un
 libro de poemas en un lenguaje sencillo y
 natural de estilo. Este libro ha sido muy
 apreciado por el público y es considerado uno
 de los mejores libros de poesía en español.
 El doctor Campos falleció en la ciudad de
 San Juan, Puerto Rico, el día 15 de mayo de
 1915, a los 57 años de edad. Su cuerpo fue
 enterrado en el cementerio de San Juan.



I

N sentimiento de estricta justicia me anima á cumplir con el grato deber de escribir la biografía del Dr. Manuel Campos, porque las cualidades de que estaba dotado y el elevado ministerio que tan dignamente desempeñó sobre la tierra me han hecho comprender que su vida es una de las pocas que no deben acabar en el sepulcro. Aunque la muerte sea una terrible verdad, el hombre no debe dejar de combatir con ella. Si sus triunfos materiales son inevitables, porque la ciencia humana se ha confesado impotente para disputárselos, necesario es vencerla en otro sentido. El más célebre de los oradores romanos, en uno de los arranques de su prodigiosa elocuencia, resumió la fórmula

de la victoria al expresar que los muertos tienen vida, y que ésta consiste en la memoria de los vivos. En efecto, la muerte verdadera es el olvido de la posteridad; y si justo es dejar que extienda su polvo impenetrable sobre los seres comunes, criminal sería no salvar de él á quien con sus virtudes adquirió el derecho á la inmortalidad. Los que en la antigüedad supieron conquistar, viven todavía entre nosotros; y ni la acción destructora del tiempo, ni el carácter innovador de los hombres que han hecho desaparecer los suntuosos palacios de pórfido y de mármol, han podido extinguir la memoria de aquellos varones ilustres, que cuando al parecer terminaban su existencia, adquirirían una nueva y vigorosa ayuda por los esfuerzos regeneradores de Tácito y Plutarco. De esta convicción, confirmada cada vez más por la experiencia, se deduce una verdad práctica y consoladora: la muerte es vencedora hasta la tumba: los que antes de ser heridos por ella prueban con hechos extraordinarios su mérito excepcional, siembran los gérmenes de una constante reproducción y viven con todas las generaciones.

El hombre cuya vida pretendo dar á conocer no fué ciertamente una de esas personalidades con las cuales están identificados los grandes acontecimientos de la historia universal; no fué tampoco un genio deslumbrador de éstos que marcan los progresos maravillosos de la ciencia; pero sin pertenecer á esta privilegiada categoría, fué un hombre consagrado al estudio y verdaderamente útil á la humanidad. No corresponde á esa gloriosa genealogía de mártires y sabios que han llegado hasta la apoteosis; pero hay que persuadirse de que fué un importante auxiliar de las más grandes ideas y un sér adornado de los más generosos y filantrópicos sentimientos. Esto es bastante para que su existencia no pase inadvertida y su nombre no se borre de la memoria de sus conciudadanos. Cada siglo tiene que ser lógico en todos sus actos; y ya que los caracterizados por el espíritu de conquista y de dominación han sido consecuentes inmortalizando á los grandes capitanes; ya que lo han sido otros enalteciendo los trabajos de sus inspirados filósofos, natural es que el siglo en que vivimos sea también consecuente con los que han sabido conocer

é interpretar las tendencias que lo caracterizan. Fraternidad y progreso es la consigna de la época y todo el que en la situación en que se halle colocado, se esfuerce empeñosamente por hacerla efectiva, es una individualidad importante. El Dr. Manuel Campos lo fué por tal motivo, puesto que consideraba á los hombres como hermanos, que se afectaba profundamente con sus padecimientos físicos y morales, que procuraba remediarlos, prodigando los recursos de la ciencia y los consuelos de la amistad, que difundía con placer sus conocimientos y se esforzaba por estar al tanto de los adelantos que ha venido conquistando la noble profesión á que se había consagrado. Su biografía será la sencilla narración de los hechos de su vida. No parecería propio que la presunción y la lisonja mancharan la memoria de quien fué un ejemplo de verdadera modestia. Al iniciar este trabajo he tenido presente, y me servirá de regla invariable en su ejecución, lo que el célebre escritor español D. Manuel José Quintana ha dicho en el correcto prólogo de su interesante obra: "Vida de españoles célebres:" *A las personas vivas se*

deben en ausencia y presencia aquella contemplación y atenciones que el mundo y las relaciones sociales prescriben; pero á los muertos no se les debe otra cosa que verdad y justicia.

II

El Dr. Manuel Campos nació en la ciudad de Campeche el día catorce de Junio de mil ochocientos once, siendo hijo legítimo de D. José María Campos y de D^a. María Antonia González. No era muy acomodada la condición que éstos ocupaban en la sociedad, porque sus recursos sólo eran bastantes para satisfacer las necesidades de la vida; pero en cambio poseían el caudal envidiable y duradero de la más acrisolada y reconocida honradez. No es difícil observar, estudiando la historia, que no siempre las riquezas y la prosperidad son las que han rodeado la cuna de los hombres célebres, porque éstos han salido también con frecuencia de las clases pobres del pueblo, que es en donde generalmente se conservan puros los sentimientos de morali-

dad, á cuyo benéfico influjo se desarrollan las más dignas aspiraciones.

Cuando el Sr. Campos estaba aún en los primeros años de la infancia; cuando todavía no contaba cuatro de haber venido á este mundo, tuvo la desgracia de perder la autoridad, el cariño, la educación y el ejemplo paternos, precisamente en los momentos en que empezaban á ser indispensables. Quedó entregado á sus propias inclinaciones y bajo el amoroso cuidado de su madre, cuidado que no siempre es tan constante y enérgico como debiera, porque lo debilitan, como es natural, la delicadeza del corazón y los inconvenientes propios del sexo. Sin embargo, hay que notar que la Sra. González se puso á la altura de sus deberes y que supo conciliar con éstos el amor bien entendido, el que instruye y dirige con empeño y decisión, y no el que se equivoca con la tolerancia, la indiferencia y hasta el abandono. Se consagró á dar á los cinco hijos pequeños que le quedaron, las primeras lecciones de moralidad, ésas que sólo se reciben en el hogar doméstico y no más que los labios sagrados de una madre saben formular; pero bien pronto llegó el tiempo en que

aquellos reclamaban otra educación. La necesidad de la escuela y del maestro se hizo sentir, y su existencia coincidía con la completa falta de recursos para poderla satisfacer. Los escasos bienes de fortuna que dejó al morir D. José María Campos habían desaparecido completamente bajo la única y débil administración de su viuda, y la miseria, la verdadera miseria, tendía sus sombras desoladoras sobre aquel cuadro conmovedor de la madre y de los hijos, ansiosos, aquella, de educar á éstos para que pudiesen ser útiles á la sociedad y á sí mismos; y éstos, de corresponder con sus esfuerzos á los nobles deseos maternos.

La miseria en los primeros años de la existencia es la prueba más dura á que se puede someter al hombre. Si su espíritu es débil, sucumbe; y seducido en su caída por el vicio y el crimen, puede tener por fin el presidio y el cadalso: si es fuerte, se purifica, se engrandece, y la posición á que se eleva desde tan triste y peligroso punto de partida es mucho más gloriosa y meritoria. A este número debía pertenecer el hombre en quien me ocupo, y para ayudarlo á realizar sus esperanzas, porque por sí solo no

hubiera podido hacerlo, vino en su auxilio la caridad pública, esa virtud evangélica que vindica á la humanidad de sus grandes crímenes y de sus errores trascendentales. Nuestro país no ha carecido completamente de los hombres que saben ejercerla; y si la nación vecina puede envanecerse con los Peabody, los Cooper y los Girard, no faltan á la de México quienes modestamente la enaltezcan por su conducta generosa y benéfica.

En esta capital, en el edificio en que actualmente se encuentra la cárcel pública existía en los primeros años de este siglo, una casa de educación en cuya entrada se leía este significativo letrero: *Escuela de misericordia para niños y niñas pobres*. Este establecimiento fué fundado por D. Agustín Centeno cuyo acto debe encomiarse cada vez que se presente, como ahora, la oportunidad; y allí concurrían á instruirse en las primeras letras los desheredados de la fortuna, contándose entre este número, al niño Manuel Campos y á sus hermanos. Después de haber adquirido con aplicación y aprovechamiento los primeros conocimientos del saber, se pensó en que

frecuentase el colegio clerical de San Miguel, fundado por el Presbítero Don Miguel de Estrada cuyo recuerdo venerable no se extinguirá sino cuando la gratitud se excluya por completo de los sentimientos humanos; pero no pudo realizarse ese pensamiento, porque entonces, más que antes, la escasez de recursos fué un inconveniente insuperable para verificarlo. El niño se había convertido en joven, sus necesidades se habían aumentado; y el deber de satisfacerlas y de ayudar á la madre, le impedían entrar en el colegio donde hubiera adquirido la incompleta, pero única educación secundaria que se daba en aquellos tiempos.

En este momento de crisis, decisivo para el porvenir del joven Campos, fué cuando se reveló de una manera bien clara su verdadera vocación. No pensó en el taller, ni en el campo, ni en los trabajos de mar que ofrecían entonces tantos alicientes á la juventud de este puerto; pensó, lo que no deja de ser extraordinario, en el hospital de San Juan de Dios, que, propiamente llamado asilo del dolor, no era el más adecuado para simpatizar con las alegres impresiones

de la juventud, *primavera de la vida*; pero una manifiesta predestinación, que no atribuyo á la Providencia, ni fundo en un fatalismo ciego, sino en la organización, guiaba al jóven hacia aquel sitio en donde debía transfigurarse. Sus primeras visitas tenían por objeto aparente consolar á los enfermos, lo cual revelaba también los sentimientos de aquel corazón que empezaba á abrirse al bien, y ellas llamaron la atención de los respetables padres de la orden de San Juan de Dios, Gallegos y Arellanos, que permanecieron en el hospital, aun después de la ley española de supresión de monacales y reforma de regulares expedida en Octubre de 1820. El primero de dichos padres, muy aficionado á la medicina, cuyo ejercicio no es incompatible con las funciones del sacerdocio cristiano, comprendió que la asistencia de Campos al hospital encerraba un misterio cuya favorable aclaración estaba reservada al porvenir; y con el conocimiento que dan la ilustración, la experiencia y el estudio de los hombres, predijo con acento inspirado que aquel joven sería un médico notable, y confiando en su profecía, lo alentó en la empresa, con pa-

ternal cariño lo invitó á que permaneciese en el establecimiento, y le ofreció vencer la resistencia que su madre oponía para el logro de sus deseos. Cumplió la oferta; y como la oposición consistía en el fundado temor de que el joven Campos, con el contacto de los criminales enfermos y la compañía de las mujeres prostituidas que se remitían presas al hospital, perdiese la moral que se le había inculcado, el padre Gallegos ofreció que lo atendería y vigilaría empeñosamente, y además hizo juiciosas reflexiones sobre la necesidad de dejarle seguir sus buenos instintos, con la seguridad de que así conquistaría una brillante posición: de esta manera la madre al fin cedió esperanzada, y el joven practicante inició definitivamente su gloriosa carrera en el año de 1826.

Cuando el gran Cicerón deseando descifrar el porvenir, y fiel á las supersticiones y creencias de su época, consultó al oráculo de Delfos sobre el medio mejor para alcanzar la más grande y honrada gloria, obtuvo esta expresiva contestación: "Siguiendo siempre tus propias inspiraciones." La observancia de este augu-

rio elevó al hombre que supo seguirlo, hasta el grado de que se le considerase como el primer ciudadano, como el salvador de la República; y cuando lo olvidó, contrariando sus sentimientos naturales, bajó de su altura para confundirse con los más viles aduladores de César y ser la víctima de miserables esbirros. Sin tener la presunción de poner al ciudadano cuya vida escribo, al nivel del *hombre divino*, como han llamado á Cicerón, justifico la cita histórica asegurando que D. Manuel Campos, sin escuchar los acentos proféticos de la Pitonisa, siguió siempre sus propias inspiraciones con más constancia y fidelidad que el orador romano, habiendo llegado por este único medio, y de un modo gradual y satisfactorio, á ocupar en la sociedad el digno puesto en que le sorprendió la muerte.

III

Desde que Campos entró en el hospital, no solamente se consagró al ejercicio de sus funciones como practicante, sino que con admi-

rable empeño leía y estudiaba las obras de medicina que formaban la biblioteca del padre Gallegos. Acompañaba á éste en sus visitas á los enfermos, le pedía explicaciones, y en todos sus actos demostraba un espíritu de observación y una avidez de ciencia que necesariamente tenían que darle buenos resultados. En muy poco tiempo aprendió las operaciones de la flebotomía y las ejecutaba con la mayor destreza, siendo su mayor satisfacción referir á su familia y amigos cada uno de los adelantos que adquiría. Todas estas circunstancias, ese empeño, esa disposición cada vez más patente no podían ocultarse á la penetración del doctor español D. Juan A. Frutos que se hallaba encargado del hospital. Observó al practicante, y adivinó al médico. El porvenir se encargó de justificar su previsión. Con la buena voluntad con que los hombres sensibles se prestan siempre á ayudar á la juventud que desea levantarse con decisión y dignidad, el Dr. Frutos tomó bajo su protección á Campos: le daba lecciones, le resolvía consultas, le presentaba dudas, y lo relacionó con todos los grandes maestros de la ciencia, abriéndole las puertas de su biblio-

teca en donde éste fué á saciar su ardiente sed de ilustración. El maestro y protector era un verdadero modelo, no solamente como médico sino como hombre; no solamente por su habilidad, sino por sus sentimientos; no sólo por su inteligencia, sino por su corazón. Estas cualidades ejercieron tanta influencia en el ánimo y porvenir del afanoso discípulo, que no quiero omitir la honrosa y fiel pintura que hizo de Frutos, el ilustre biógrafo de las notabilidades peninsulares, el inolvidable Pr. D. Justo Sierra. "El Dr. Frutos, dice, no es sólo un médico insigne, sino también un profundo moralista. Su conversación es rica, amena y fecunda: tiene gracia y destreza para mover los resortes del corazón. En suma, es sabio y virtuoso: verdadero médico, de esos que han comprendido su misión, misión de amor, de paz y de consuelo; misión que pocos desempeñan, viendo en su profesión uno de tantos medios de vivir, de hacer negocio y fortuna."

Cuatro años estuvo el Sr. Campos bajo la inteligente dirección de tan ilustrado facultativo; cuatro años conservó con él el trato más íntimo y cordial; y teniendo presentes sus dotes naturales, nadie extrañará que al

terminar este tiempo hubiera hecho grandes adelantos en la carrera, hasta el caso de que ya su opinión era escuchada con interés en los consejos facultativos de la ciencia, y que más adelante hubiese sido el digno heredero de las conocimientos y de las virtudes públicas y privadas del Dr. Frutos. Al separarse éste, allá por el año de 1830, de la dirección del hospital, ó poco después, esta fué confiada al Dr. D. Claro José Beraza, quien encontró al Sr. Campos desempeñando el empleo de practicante mayor. Al tratarlo conoció su aptitud, admiró su talento, apreció su instrucción, y encontró en él, no un subalterno, sino un compañero ilustrado con quien poder compartir las penosas obligaciones de su encargo. En tal situación, se desarrolló por primera vez en estos lugares la terrible epidemia del cólera, que ha hecho tristemente célebre el aciago año de 1833. Hasta hoy resiente el país las funestas consecuencias de esa calamidad, porque todavía no ha podido recobrar su antigua población diezmada por aquel inflexible azote. No se secan aún las lágrimas derramadas por la pérdida de personas queridas; y se puede

asegurar que no hay una familia que no se conmueva profundamente al traer á la memoria el recuerdo de aquellos días desgraciados. Una epidemia es la ocasión difícil en que el médico debe brillar. Entonces es cuando da á conocer si tiene la conciencia del sacerdocio que desempeña; si tiene el valor que inspira la verdadera vocación para sobreponerse á todas las preocupaciones, á todos los temores; si no le arredra el sacrificio y lo acepta con resignación, en nombre de la humanidad. Campos salió airoso de esta dolorosa prueba, porque como los generales aguerridos en el sangriento campo de batalla, él, en medio de esas escenas desoladoras de sufrimiento y desesperación, se multiplicaba por todas partes, apuraba los recursos de la ciencia, atendía á los enfermos, consolaba á los desesperados, sin ocuparse para nada en su persona, que representaba un sér sobrenatural ofreciéndose en holocausto por la salud de sus hermanos. Para hacer más aflictiva su posición, tuvo el pesar de ver morir del cólera al mismo Dr. Beraza, quedándose solo ante el desastre. Sus esfuerzos supremos por contrariarlo, las fatigas consiguientes, la

atmósfera infecta en que vivía, no respirando más aire que el que despedían los labios contraídos de innumerables moribundos, todo esto dominó á la materia, y Campos, para consumir su gloria con el martirio, fué atacado por fin de la epidemia, de la que salió felizmente, gracias á los cuidados de una parienta suya, para volver de nuevo al hospital á prestar sus servicios, pues el cólera no había desaparecido del todo. Cuando, por fortuna, desapareció, Campos como el marino después de la tempestad, como el guerrero después de la batalla, como el gladiador después del combate, contemplaba cansado y afligido las consecuencias de la peste. Había conquistado el inmarcesible laurel del que lucha sin éxito, el cual muchas veces vale más que el que obtienen los favorecidos por la victoria. La predestinación estaba justificada. El acierto al elegir la profesión era evidente. D. Manuel Campos había nacido para ser médico.

A fin de reparar la sensible pérdida de Beraza, y durante la enfermedad del practicante mayor, se nombró médico del hospital al doctor francés Mr. Renon, quien á semejanza de sus antecesores, hizo justicia

al mérito y cualidades de Campos, teniendo en él la mayor confianza y distinguiéndolo con marcadas pruebas de simpatía y afecto: desde que lo trató y pudo juzgar de sus conocimientos, le consideró como médico, y como á tal le consultaba siempre los casos difíciles que se le presentaban. Mr. Renón pidió licencia temporal para hacer un viaje, y quedó encargado del hospital, por indicación de aquel, y con aprobación del cabildo de esta ciudad D. Manuel Campos que suplió también á Renón en la administración de la vacuna y en la Junta de Sanidad del puerto. Se esforzó en desempeñar satisfactoriamente dichos cargos, acreditando y comprobando cada vez más, no únicamente su ciencia, sino su exactitud y desinterés, llevado hasta el extremo de que los sueldos y emolumentos que le estaban asignados, los entregaba á la esposa de Renón. ¡Primeras pruebas de una generosidad poco común y no desmentida hasta el sepulcro!

La posición á que se había elevado por sus propios esfuerzos el Sr. Campos, justificaba plenamente su natural deseo de obtener un título profesional; y animado por

sus numerosos amigos, se presentó al Sr. Gral. D. Francisco de P. Toro, Gobernador y Comandante general de la Península, en la época del centralismo, solicitando ser examinado para poder satisfacer sus aspiraciones. Aquel gobernante, conociendo la justicia de éstas y penetrado de que tenían en su apoyo la opinión pública, dispuso que el solicitante se sometiese á los exámenes respectivos y que en vista de ellos se resolvería lo conveniente. Se formó para el efecto, un jurado compuesto de los Dres. D. Juan A. Frutos, D. José María Conde y Mr. Renon, presidiéndolo el alcalde D. Carlos Aubry y autorizando sus actos el escribano público D. José Manuel Balay. El resultado fué brillante: era la ratificación de una aptitud reconocida. El 19 de Septiembre de 1834 se libró á D. Manuel Campos el título de profesor en medicina y cirugía. Por lo común, un título ha sido siempre la autorización para ejercer una profesión; pero en este caso fué todo lo contrario: era el reconocimiento de una profesion ejercida, era la fórmula ordinaria de un doctorado conquistado por los hechos y concedido por la conciencia pública.

Mr. Renon renunció los destinos que desempeñaba interinamente Campos, á quien le fueron concedidos en propiedad; de manera que, como una compensación de todos sus sacrificios, como una recompensa de sus nobles sentimientos, como un premio de sus reiterados esfuerzos, vino á ser el inteligente y digno sucesor de Frutos, de Beraza y de Renon. Tan legítimos triunfos que no envanecieron al que los obtenía, fueron reproduciéndose, pues en 1836 el protomedicato de Yucatán revalidó el título concedido en 1834, que con esto adquirió todas las condiciones legales que podía exigir la escrupulosidad más exagerada. En 1840 el Sr. Campos fué nombrado cirujano del batallón núm. 16 de milicia local y de la brigada de artillería permanente; en 1846 por decreto del A. Congreso, del 15 de Octubre, director principal de la propagación y conservación de la vacuna en toda la Península. El día 14 de Mayo de 1855 la respetable Universidad de Yucatán lo incorporó á su seno, nombrándole doctor en Medicina y Cirujía, habiendo recibido la borla en esta ciudad, con las solemnidades acostumbradas en aquellos tiempos en que con las

ceremonias religiosas se pretendía santificar todos los acontecimientos de la vida, con lo cual quedó coronada, feliz y gloriosamente la carrera emprendida en 1826. Estos nombramientos, si bien implicaban un honor muy merecido, imponían á la vez penosas obligaciones, que se esforzaba en cumplir quien tantas pruebas había dado de que, en todas circunstancias, la conciencia y el cumplimiento del deber serían los principales timbres de su gloria. Campos lejos de descansar como podría hacerlo el que al parecer lo había alcanzado todo, fiel á la máxima de Solón: *procura instruirte toda tu vida*, caminaba siempre con entusiasmo creciente por el camino de la ciencia, que no tiene fin. El que había dado en él pasos tan adelantados, no era posible que se detuviese á contemplar sus laureles, porque esta pueril vanidad que caracteriza á las almas vulgares, es incompatible con los sentimientos que animan á los inspirados apóstoles del saber humano.

IV.

D. Manuel Campos siempre comprendió que el ejercicio de su profesión era un ver-